

EXPERIENCING POWER, GENERATING AUTHORITY: COSMOS, POLITICS AND IDEOLOGY OF KINGSHIP IN ANCIENT EGYPT AND MESOPOTAMIA

HILL, J.H., Jones, Ph. y Morales, A.J., *Experiencing Power, Generating Authority: Cosmos, politics and Ideology of Kingship in Ancient Egypt and Mesopotamia*, Filadelfia, 2013.

JOSÉ MIGUEL SERRANO DELGADO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Las sociedades del Antiguo Oriente adoptaron formas de estado en las que, con pocas excepciones, la autoridad y el ejercicio del poder terminaron recayendo en una única persona, a la que convencionalmente podemos dar el título de rey. Esta es la razón fundamental por la que los estudios sobre la institución de la realeza, los detentadores de este puesto, sus vínculos familiares, la ideología sobre la que se sustentaba, el ejercicio del poder, las delicadamente construidas relaciones con la elite, la aristocracia o nobleza –cortesana-, y sobre todo la debatida cuestión del carisma o naturaleza divina del soberano figuran entre los temas más recurrentes en la investigación. Hay estudios específicos centrados en sociedades o civilizaciones concretas (Egipto, Asiria, Israel, Persia, etc.) pero son de particular impacto y relevancia los esfuerzos que se han hecho para ofrecer una visión integrada y total de la institución monárquica en el Oriente Antiguo. Estos esfuerzos, remontando al clásico de Frazer *La Rama Dorada*, alcanzaron un hito fundamental con la publicación en 1948 del ensayo de H. Frankfort *Kingship and the Gods: A study of Ancient Near Eastern Religion as the integration of Society and Nature*. Pese a los años transcurridos, esta obra perdura como un referente insoslayable, y punto de partida de nuevas discusiones y actualizaciones del tema. En esta línea y objetivo, aspirando a ofrecer aportaciones significativas en este debate, se sitúa la obra que es objeto de la presente reseña.

Experiencing Power, Generating Authority: Cosmos, politics and Ideology of Kingship in Ancient Egypt and Mesopotamia es una obra colectiva en la que, bajo la supervisión de J. H. Hill, Ph. Jones y Antonio J. Morales -egresado que fue de la Universidad de Sevilla, Ph. D. por la universidad de Pennsylvania y hoy felizmente instalado en la elite del Orientalismo internacional-, recoge las contribuciones de trece destacados especialistas de los campos de la Asiriología, Egiptología y Antropología, que, en un coloquio que tuvo lugar en justamente en Pennsylvania en noviembre de 2007, abordaron y discutieron cuestiones por lo general concretas o puntuales

relativas a la realeza oriental. La reunión se encuadraba en las *Penn Museum International Research Conferences*, inauguradas en 2005 como una actividad más de la ya tradicional dedicación de este centro superior a los estudios de culturas antiguas, y específicamente del Próximo Oriente. Las ponencias se agruparon en tres bloques o sesiones: el primero se centraba en la perspectiva mítico-religiosa -o “Cósmica”- de la realeza, fundamentándose así en planteamientos teóricos e ideológicos; el segundo aproxima los aspectos políticos y ejecutivos, abundando en la estructura de los estados y las relaciones entre aristocracia y realeza. Finalmente, el último bloque, con un enfoque francamente original, explota las interrelaciones entre el monarca y el espacio físico, el entorno natural y territorio (real o mítico) en el que se proyecta la imagen de su autoridad o poder.

El primer bloque comienza con un reestudio que Ellen Morris ofrece de los monumentos predinásticos de Escorpión y Narmer, dibujando a través de ellos una imagen de la realeza faraónica que permanecerá más o menos inalterada, y con matices, durante más de tres mil años: el soberano se define como alguien aparte de la pura condición humana, elegido por los dioses, garante del orden y de la seguridad de su pueblo frente a los enemigos extranjeros, cabeza de la administración, de la gestión de la riqueza y de la redistribución de los excedentes y, por supuesto, encarnación de la unión del Alto y Bajo Egipto. En su estimulante contribución, D. Charpin explora las relaciones de los soberanos mesopotámicos y las deidades solares (Shamash) o astrales (Nin-Nanna o Adad); su conclusión es que, al menos para la Época Paleobabilónica, se constata un énfasis importante en la vertiente divina -y cósmica- de quienes ocuparon el trono en la Babilonia de la Iª Dinastía, así como en Isin o en Mari; esta vertiente “divina” se manifiesta especialmente en la capacidad, derecho y obligación del soberano a administrar la justicia, perseguir el delito y asegurar la equidad en las relaciones entre sus súbditos. También E. Frahm centra su ponencia en la “solarización” del rey, en este caso en el soberano de la época Neoasiria; y encuentra que no solo el sol, sino asimismo la luna, y astros como Marte, Saturno o Júpiter, así como las estrellas del cielo nocturno son objeto de una elaboración ideológica, interpretados como reflejos del rey, del mérito o demérito de su comportamiento en cuanto que tal, y de su destino final. Pero sobre todo se nos antoja muy pertinente el énfasis y relevancia que atribuye a los rituales de la realeza, entendiéndolos como los medios por los que la figura del soberano puede recibir matices divinos (que no la plena condición divina, algo bien diferente). Volviendo a Egipto, L. Morenz ofrece un complejo y elaborado estudio de la Paleta Animalística, sin duda uno de los más interesantes y polémicos monumentos del Predinástico. Trata de comprender el mensaje gráfico, previo a lo que propiamente dicho es un sistema de escritura, que se oculta en esta pieza. No cabe duda de que ofrece atractivas e interesantes interpretaciones, aunque en buena medida muy arriesgadas y en cualquier caso difícilmente susceptibles de comprobación. Posiblemente habría sido pertinente, dada la necesidad de

recurrir a paralelos y elementos similares de otros ámbitos culturales, profundizar algo más en la documentación equivalente de la Baja Mesopotamia o Elam, que aparecen incorporadas al final de su texto de una forma secundaria y ligera. En cambio, la aportación que cierra este bloque, firmada por J. Scurlock, es desde nuestro punto de vista una de las más destacadas de toda la obra. Partiendo de la posible utilización de la imagen de Dumuzi o Tammuz por parte de reyes y príncipes, aprovecha para poner en cuestión, o dudar acerca de muchas de las imágenes establecidas en torno a este héroe mítico divinizado. El texto de Scurlock está elaborado con una irreprochable pulcritud científica, muy atento a las hipótesis o ideas previas, apoyándose en un aparato crítico muy nutrido, y, cuando es pertinente, ofreciendo novedosas ideas o interpretaciones. Con respecto a la cuestión, sin duda central, de la posible condición divina de los soberanos mesopotámicos parece dejar claro que, si de alguna forma están tocados o imbuidos por la condición divina, es por su función o responsabilidad de protectores y conductores del pueblo. En definitiva, destaca la proyección de una imagen del rey como “buen pastor”, algo que claramente aproxima más a la personalidad de Tammuz que, por ejemplo, a la del ubicuo Gilgamesh, sin duda arquetipo del héroe, pero asimismo reputado como gobernante soberbio y desatento del bienestar de su pueblo... Tampoco deja Scurlock de señalar que no es lo mismo el destino postmortem de un monarca “divino”, que la consideración como dios (en el mejor de los casos dudosa) que pudo disfrutar en vida. Salvando grandes distancias, en Mesopotamia como en Egipto la barrera de la muerte supone un componente fundamental en la posible veneración divina del rey.

El segundo bloque (político) comienza con un denso texto de J. C. Moreno García, que, en la línea característica del egiptólogo español académicamente afincado en el CNRS francés, ofrece un impresionante despliegue erudito con relación a títulos y cargos, interrelaciones del poder central y los funcionarios, o entre el centro y las periferias del estado faraónico. Indagando en el modo y en los tiempos de la construcción del estado faraónico en el Reino Antiguo, deja claro que aunque está claro que un país unificado y sometido a un centro único de poder y control ha quedado muy rápidamente constituido a inicios del tercer Milenio a.C., no será hasta las dinastías V y VI cuando se alcance una real integración administrativa del vasto territorio egipcio, con una red de centros dependientes de la capital y del monarca (los *hwt*) y una activa nobleza provincial que afirman sus raíces en los diferentes rincones del país. Y cuando haya pasado la llamada “Crisis del Primer Período Intermedio”, en cuya revalorización por cierto han tenido un papel fundamental los estudios de Moreno García, el nuevo estado egipcio que surge, el Reino Medio, no va a apoyarse tanto en esta red de centros civiles, siendo paulatinamente sustituidos por los templos y santuarios, que incrementaran consecuentemente sus funciones económicas y administrativas. Se trata de una interesante evolución que alcanzará su apogeo en el Imperio Nuevo, marcando la historia de la realeza egipcia al menos en la segunda mitad del

Segundo Milenio a.C. También con un enfoque muy técnico, especializado y apegado a las fuentes, W. Sallaberger nos traslada al mundo de los palacios mesopotámicos, más concretamente a los archivos palaciales (que no de los templos). Sobre la base de los áridos datos de tipo cuantitativo que estos archivos ofrecen, es capaz de reconstruir una economía muy atenta a lo que podríamos llamar “productos de lujo”, de control (casi) exclusivo por parte del rey (el palacio): metales, textiles, ganado selecto, etc. La gestión de este tipo de productos tiene más que ver con la proyección política –interior y exterior- de la figura del rey que con una redistribución a gran escala de la riqueza o de los excedentes, tarea en la cual parece que la actividad económica de los templos desempeñaba un protagonismo mayor.

De nuevo en Egipto, en el Reino Antiguo, M. Barta ofrece una ponencia que se aproxima a la ideología política de la Realeza Faraónica esta vez desde la perspectiva de los conjuntos funerarios reales, especialmente los datados en la V y VI Dinastías. El egiptólogo checo pone el acento en la cada vez mayor y más articulada riqueza monumental e iconográfica de estos conjuntos, en especial de los templos funerarios, como evidencia de una reelaboración ideológica de la realeza cada vez más rica y compleja a medida que avanzamos hacia el final del Reino Antiguo. Se trata de una interesante conclusión, en buena medida por coincidir con la que, desde una documentación y planteamiento metodológicos diferentes, ofrecía Moreno García en este mismo volumen. Este bloque termina con dos estimulantes ensayos centrados en definitiva en la realeza como integración del estado y de la sociedad. B. Pongratz-Leisten señala que la definición de este papel del monarca fue el resultado, en la etapa imperial final de Asiria (Imperio Neoasirio) del trabajo de una elite escolar y letrada que enfatiza claramente el papel del dios epónimo y nacional, Assur, y de la antigua capital que lleva su nombre. Por su parte, Dickson se sumerge en uno de los temas más célebres y recurrentes de la Asiriología: la Tumbas Reales de Ur y el problema de los enterramientos colectivos, inmolaciones o sacrificios humanos que allí se documentan. Trabajando desde una perspectiva casi exclusivamente teórica, y moviéndose en realidad en el campo de las puras hipótesis, manifiesta su escepticismo hacia la supuesta voluntariedad o aceptación de esas inmolaciones. Para Dickson, esa visión, posiblemente teñida de utopía o idealismo, que entiende el origen de los estados y las sociedades superiores del Antiguo Oriente sobre lo que ha dado en llamarse “Teoría de la Integración”, puede ser contrarrestada por otra fundamentada en la “Teoría del Conflicto”. Según esta, la competencia, las rivalidades, las desigualdades y la opresión entre grupos y sectores sociales es el pilar fundamental sobre el que se desarrollan las estructuras superiores de organización comunitaria. Y aplica esta hipótesis a las Tumbas Reales de Ur: frente a la visión (que el propio L. Wooley, su descubridor, ya enunció) de pacífica y voluntaria asunción de la muerte como parte de una ideología religiosa de la realeza, Dickson se pregunta si las docenas de mujeres, soldados, boyeros, servidores, etc. que acompañaron a Pu’abi y al otro príncipe enterrado en las dos

tumbas más célebres, todos de extracción humilde o en todos caso no aristocrática, no habrían sido simplemente ejecutados como una muestra más de la “violencia estructural” sobre la que en definitiva esta construyéndose el estado...

El tercer y último bloque, el más breve, es como dijimos al principio posiblemente el más original en sus planteamientos, intentando establecer nexos entre los paisajes, el territorio, el entorno físico circundante y la realeza, no tanto desde un enfoque económico o ecológico, sino de reelaboración ideológica que preside el impacto visual de las obras publicas o de la huella que en el medio natural quiere el rey dejar, cuestiones que pasan a ser temas centrales de la creación literaria (inscripciones) o artística (relieves). Así, Roaf no deja de señalar que en Mesopotamia, antes que cualquier otra cosa, el monarca es “rey de una ciudad”, y que esta precisión topográfica o espacial es fundamental. Y que a medida que se trata de reforzar el papel y protagonismo de los soberanos, su esfuerzo edilicio se va a dirigir, más que a templos o santuarios, a construir palacios, murallas, canales y caminos, etc. Lloyd ofrece el análisis de hasta cinco inscripciones del Wadi Hammamat, que, además de una cantera importante de piedra de calidad, es uno de los entornos próximos al valle del Nilo donde la naturaleza permite una evocación más vivaz de las fuerzas divinas y el rey puede manifestar sus vínculos y su conexión con ellas. Especialmente estimulante es la última contribución, de Mehmet-Alí Ataç, que opta por sumergirse en el imaginario de los límites y fronteras del mundo conocido, allí donde lo que se entiende por real es en buena medida resultado de una recreación ficticia, tierras extrañas, pobladas por animales y criaturas excepcionales que, no obstante, también son dominio del soberano, y debe recogerlas y reflejarlas en la propaganda real.

Tras haber pasado revista a todos y cada uno de los capítulos, está claro que el volumen en su conjunto supone una muy relevante aportación a los estudios del Antiguo Oriente, y que a partir de ahora, cualquier investigación seria y con pretensiones que toque de manera directa o indirecta las múltiples formas de realeza, principados y caudillaje en los albores de la historia habrá de tener muy presente las muchas ideas, propuestas e hipótesis que encierra esta obra. Al ser un trabajo colectivo, reuniendo a tantos y tan diferentes especialistas, no es de extrañar que, pese a todo, se aprecien algunos desequilibrios; por ejemplo, llama la atención que casi todos los capítulos dedicados a Egipto se centran en las primeras dinastía y el Reino Antiguo, echándose en falta algún estudio sobre la realeza en la etapa cenital del Imperio Nuevo. También el imperio Neasirio acumula un protagonismo que podría haber sido completado con visiones sobre la realeza en Persia, o incluso la época Neosumeria. Por otra parte, hay que felicitar de que se ofrezcan a la comunidad científica enfoques como este, en el que Egiptología y Asiriología comparten espacio de publicación y tiempo de coloquios, con una visión integradora -muy norteamericana- de la historia del Antiguo Oriente. En una academia en la que tendemos insistentemente a parcelar nuestros ámbitos de estudio e investigación, empobreciéndolos, entender que hay ante todo

un Orientalismo Antiguo, que reúne a todos aquellos que en el ámbito de la Historia Antigua están dedicados a tiempos anteriores a Griegos y Romanos, es una lección que no hay que despreciar. Y viene muy bien en el ámbito académico hispano, donde la Asiriología y la Egiptología están aún afirmando su identidad y su espacio, una afirmación que solo podrá seguir madurando si, dentro del campo de la Historia Antigua, todos aquellos que enfocan su mirada como estudiosos e investigadores hacia el vasto y complejo marco espacio-temporal que va desde el Mediterraneo Oriental hasta el Valle del Indo van de la mano, conociéndose y colaborando. Así, posiblemente, en el futuro seremos capaces de ofrecer obras tan excelentes como esta.